

abolió las costumbres peligrosas, y castigó los delitos con severidad sin excepcion de personas; en Rusia Wolomiro II. que reunió baxo su poder los pequeños estados que rodeaban el suyo, y que gobernó con una prudencia que se hubiera admirado en un tiempo de mas luces; en Dinamarca Woldemaro I. que poseyó todas las calidades de hombre grande y de héroe; que desvaneció los ambiciosos proyectos del emperador Federico, y sostuvo la dignidad de su corona, á pesar de las pretensiones de aquel príncipe emperador; que sometió los rugianos y vándalos; que echó los cimientos de la célebre ciudad de Dantzick, y vió comenzar baxo sus auspicios los de Compenhague, que despues llegó á ser la capitad del reyno.

La Bohemia continuaba formando una potencia considerable, y conservaba un notable ascendiente sobre las naciones vecinas: Sus príncipes, entre los quales hubo guerreros hábiles y valerosos, tomaron mas interes en los negocios de Alemania y en las revoluciones del imperio germánico, que los demas monarcas del Norte, siendo casi todos ó aliados útiles, ó enemigos formidables de los emperadores, y muchas veces obligando á aquellos monarcas tan poderosos y fieros á congraciarnos ó temerlos.

La Hungría se conservaba en la estimacion que la sabiduría y el talento de Esteban I. le habia adquirido. Tuvo en este siglo príncipes de un mérito distinguido, que no descuidaron del gobierno á pesar de las guerras que tuvieron que sostener contra los extrangeros, y de la atencion que les exigia el carácter inquieto de los que aspiraban á turbar el estado por medio de facciones. Esteban II. venció á los búlgaros y á los griegos; combatió contra los venecianos, les quitó la Croacia, y puso limite á sus conquistas. Bela II, aunque privado de la vista, supo disipar los rebeldes que temian su resentimiento, ó querian aprovecharse de la debilidad con que le suponian. Mostró por el vigor de su espíritu y la sabiduría de su gobierno, que bastan los ojos de la razon para reynar próspera y gloriosamente. Geisa, hijo de Bela el ciego, fué en todo digno del padre que le habia engendrado. Ocupado únicamente en hacer feliz á su pueblo, reynando la justicia y el buen orden, no tomó las armas sino obligado á ello por vecinos inquietos y envidiosos. La victoria fué el premio de su valor siempre que le forzaron á hacer la guerra, impi-

diéndole su moderacion de llevar mas léjos sus ventajas quando halló á sus enemigos dispuestos á pedir la paz. El último príncipe que reynó en Hungría en este siglo, se hizo célebre por una accion de valor y de fortaleza, de que se hallan pocos exemplos en la historia: se llamaba Emerico. Aunque subió al trono con el unánime consentimiento de la nacion, tuvo un competidor en un hermano. Estaban á punto de llegar á las manos, y el ordinario furor de las guerras civiles daba ya señales de mortandad, quando Emerico por ahorrar la sangre de sus vasallos, se avanzó solo y sin armas hácia los rebeldes. Allí les habló con tanto vigor, favorecido de una figura tan noble y gallarda, que le rindieron las armas, y se hizo la paz entre los dos hermanos.

## ARTICULO IV.

*Estado del entendimiento humano, con respecto á las ciencias y á las letras.*

En medio de las revoluciones que agitaron el imperio de Oriente, y que daban tan frecuéntemente soberanos al trono de Constantinopla, las ciencias y las letras se conservaban siempre con vigor en esta capital. Si la servidumbre y la corrupcion habian hecho degenerar á los entendimientos; si el gusto habia perdido su delicadez y pureza; si se habian alterado las ideas de la verdadera belleza; se estimaban aun los buenos modelos, se les estudiaba con ardor, y se conocian sus gracias; y el idioma griego, aunque desfigurado por el falso ingenio, aun conservaba parte de sus gracias primitivas, siendo siempre la mas bella lengua, la mas rica, varia y armoniosa. Los sabios de Constantinopla y demas ciudades cultas del imperio griego, á quien la Europa debió despues la restauracion de las letras y el buen gusto, se miraban como los conservadores del sagrado fuego de las ciencias y del ingenio, de que solo habian llegado á las demas naciones unas débiles chispas. De ahí aquel menosprecio con que miraban á los pueblos del Occidente, á los quales no concedian ni amenidad de entendimiento, ni viveza de imaginacion, ni elegancia, ni gusto en el estilo, bien que no podian negarles alguna extension de conocimientos y erudicion.

A pesar del concepto favorable que formaban de sí mismos los griegos, no dieron á luz produccion alguna de ingenio. En la eloqüencia y poesía no pasaron de medianos. No brillaban ni por la invencion, ni por la fecundidad, ni por la nobleza y verdad de sus pensamientos. Aunque mostrasen grande aprecio de los antiguos, y que hiciesen mérito de hablar la misma lengua, estaban tan léjos de seguir sus pasos, que ni aun pensaban tomarlos por modelo de las materias que exigen fuego, energía, sublimidad y la riqueza de una imaginacion viva, sabia y abundante. Todo lo que pertenece á la energía del alma, á la fuerza del genio, á la elevacion de los pensamientos, y á aquel espíritu capaz de esfuerzo, de osadía y de un calor durable, no podia alcanzarlo una nacion envilecida por la esclavitud, y enervada por la malicia. En este estado, que era el de los griegos, apénas tenian buen éxito sino en las cosas de puro entretenimiento, en las materias en donde solo se necesita finura, sutileza y chiste. No pudiendo ni abrazar grandes objetos, ni concebir planes vastos ni ejecutarlos; no escribían ya sino movidos de la lisonja, de la sátira ó del deleyte.

Los buenos ingenios que hubo entre los griegos en la época de que hablamos se dedicaron á la gramática, á la crítica de los antiguos (cuyos escritos aclaraban con escolios y comentarios), á la filosofía y á la historia. Pero el espíritu de servidumbre y de adulacion ha llenado de defectos sus escritos. Se ve demasiadas veces que el temor detenia su pluma, ó que los resentimientos y la acritud se mezclaban en sus escritos y en sus reflexiones, segun el parecer del literato y del filósofo. Se advierte principalmente en las obras históricas sobre los sucesos recientes la fuerza de las pasiones y parcialidad de que se dexaban llevar los escritores; por cuyo motivo es menester hacer uso con mucha precaucion de las historias publicadas en aquel tiempo, y del crédito que se dispensa al testimonio de sus autores. Es preciso exáminar su propension, sus intereses personales, sus relaciones con los que gobernaban, que gozaban de estimacion sobre todo en la corte; los partidos que en ella se formaban, el carácter, la conducta y costumbres privadas de los príncipes y ministros. Con estas precauciones se pueden sacar grandes auxilios de las historias generales y particulares que salieron de la pluma de

los griegos en la época que describimos; y mucho mas teniendo el cuidado de cotejar los unos y los otros, y de combinar sus testimonios, para de ellos formar un resultado mas cierto y averiguado.

Los meros literatos que se dexaron ver en aquel siglo entre los griegos, no tienen ninguna relacion con nuestro objeto, tales son los gramáticos, los escolásticos, los filólogos, y los autores de obras eróticas, así en prosa como en verso. Nosotros debemos limitarnos á notar que aquellos escritores hicieron grandes servicios á la literatura, cuidando de conservar las obras que los tiempos ilustrados habian producido. Se sabe la utilidad que ha resultado en lo sucesivo de sus tareas sobre la inteligencia de los antiguos, quando finalmente se conoció la necesidad de recurrir á las fuentes, y de estudiar los buenos modelos. Eustatho, obispo de Tesalónica, es el mas habil crítico y mas sabio filósofo de que se hace mencion en el siglo XII. Los comentarios que ha dexado de Homero, son aun consultados por los que quieren profundizar el verdadero sentido de aquel príncipe de los poetas, y conocer las costumbres de la antigüedad. De todos los tiempos que han precedido á la restauracion de las letras en Occidente, solo Servio, gramático del siglo IV, y comentador de Virgilio se le puede comparar.

Las artes que dependen del dibuxo, como la arquitectura, la pintura, la escultura, el arte de los plateros, el del grabado, de tallar, de embutir las piedras ricas, y el de cincelar el oro y la plata, ó de combinarlos en diversas formas, se cultivaban con el mejor suceso en Constantinopla y las demas ciudades opulentas del imperio de Oriente. Quando se emprendieron en Francia y en otras partes grandes edificios, como la iglesia de san Dionisio, y la de Cluni y otras, se hicieron venir de Constantinopla, arquitectos, pintores, escultores, y en una palabra, todo género de artífices, ya para trazar los planes, ya para dirigirlos. De entre los griegos venian tambien los ricos bordados y las estofas de seda. La magnificencia y la vanidad de los grandes, de los favoritos y de los hombres recién ensalzados, habia llevado la industria hácia los objetos de lujo. En un pais en donde las revoluciones eran tan freqüentes, las fortunas tan rápidas, en donde los hombres desconocidos un día ántes, eran súbitamente co-

locados en los mas importantes puestos, era preciso que se encontrase sin dilacion todo lo que sirve para presentarse con ostentacion, y para la comodidad y deleytes de la vida. Elevados aquellos á quienes el acaso proporcionaba de improviso las riquezas y los honores, nada omitian para realizarse á los ojos del pueblo con todo lo que mas deslumbran el brillo exterior y la profusion. Dentro de sus casas querian facilitarse todas las satisfacciones que lisongean el amor propio, siendo tan vivos estos deseos, quanto nuevos y extraordinarios para ellos. Nada era costoso para satisfacer los gustos que producía el ardor impaciente de las pasiones. De ahí nacia que todas las artes que subsisten por el luxo estaban como fixas en la capital del imperio. Las otras naciones, cuya industria no cultivada habia hecho ménos progresos, iban á esta ciudad por las ricas estofas y los demas objetos del uso de los grandes y de los ricos que no se hallaban en otras partes; porque tambien la barbarie tiene su luxo y magnificencia.

Las disputas que se habian suscitado entre la iglesia de Oriente y la de Occidente, sobre los dogmas y disciplina, el cisma que de ella habia resultado; los frecuentes ataques que recíprocamente se hacian, y la necesidad que tenian muchas veces de defenderse, habian obligado á los teólogos griegos á estudiar las materias de controversia. Habia sido preciso recurrir á las fuentes, consultar la antigüedad, y á los padres que habian escrito ántes del origen de las cuestiones que los dividian, para ponerse en estado de establecer sus opiniones sobre pruebas que les diesen á lo ménos alguna apariencia de verdad, y para responder á las objeciones de sus adversarios con alguna superioridad y erudicion, no se podian dispensar de hacer investigaciones, de reunir testimonios, de escribir y de razonar. Estos motivos llamaron la actividad de los sabios de la iglesia Griega hácia la crítica sagrada, hácia la controversia y la teología polémica. La jurisprudencia canónica fué tambien uno de los objetos de su aplicacion y de las tareas de aquel siglo. Los derechos de los patriarcas y de los metropolitanos, los privilegios de ciertas iglesias, y las reglas de disciplina distintas en Oriente de las de Occidente formaban el cuerpo de esta ciencia, que se dividia en diferentes ramos, segun las diversas relaciones, baxo cuyos respetos se miraban. Daremos una noticia de estos

sabios, de sus talentos y de sus obras, en el artículo de los escritores eclesiásticos que han florecido en el siglo XII.

Aunque los musulmanes estaban casi siempre en guerra ya unos contra otros, ya contra los griegos y los latinos, las ciencias y las artes se cultivaban mucho entre ellos. Las frecuentes revoluciones que hacian caer á los califas, á los sultanes y visires, para elevar á otros que no tardaban en verse precipitados, no alteraban la consideracion y quietud de que gozaban los literatos en todas las cortes mahometanas del Oriente. Habian hecho estos príncipes en favor de las ciencias, de que eran amantes, y á que aun ellos mismos se dedicaban, establecimientos sólidos; y la suerte de los sábios estaba asegurada por las ricas fundaciones que los soberanos miraban como una obligacion el sostener, y se gloriaban de aumentar. Hubo, pues, filósofos, geómetras, astrónomos, químicos, poetas y teólogos por todo el imperio musulmano, por dividido que estuviese en el orden civil y político. Entre los teólogos árabes, se aplicaron los unos á combatir los sistemas filosóficos y religiosos, cuyos principios les parecian mas contrarios al Alcorán; otros emprendieron justificar el mahometismo, y responder á las objeciones de los filósofos y de los christianos; otros, en fin, trabajaron en refutar ó conciliar las diferentes sectas que se habian formado en el seno del islámismo. Las artes de luxo y de placer estaban tan brillantes y seductoras en las cortes de los califas de Bagdad y del Cayro, como en las de los sultanes de Persia, de Iconia, de Damasco, y de los miramámolines de España.

De todos los sábios que se hicieron famosos entre los árabes, Averroës, filósofo médico, fué aquel cuya reputacion se extendió y duró mas: nació en Córdoba, y mereció la proteccion de los príncipes moros de España y Africa, que le elevaron á empleos distinguidos. Se hizo estimable por sus desvelos, su penetracion, su gran sabiduría y su exacta probidad. La envidia turbó sus dias, como sucede de ordinario á los que obtienen honores y recompensas por un mérito poco comun. Se esparcieron sospechas contra su religion, á causa de ciertos principios tomados de los antiguos filósofos sobre el origen del mundo, y el alma universal que habia introducido en sus escritos, y explicado en sus lecciones. Fué, pues, perseguido, privado de sus empleos y de sus bienes, errante en diversos

países, y obligado á ocultarse; pero habiéndose esta borrasca disipado con el tiempo, recobró el aprecio y la estimacion de que sus enemigos solo le habian hecho mas digno, siendo causa de que brillase mas su virtud. Murió á principios del siglo XIII, con la reputacion de un hombre distinguido por sus virtudes, igualmente que por su talento. Su traduccion y comentarios de Aristóteles, le hicieron célebre en todo el Occidente. Su veneracion por este filosofo era tanta, que le miraba como el ente que mas se habia acercado á la divinidad, por el privilegio de conocer todas las verdades, y no incurrir en ningun error. Su entusiasmo se comunicó en breve á la mayor parte de los sabios de la Europa, perpetuándose largo tiempo.

El ardor del estudio que se habia inflamado en el siglo precedente, y el gusto de las ciencias excitado por el exemplo, la emulacion y la recompensas, produxeron en éste una mudanza mas feliz, y circunstancias mas favorables para la literatura. Si no se hicieron nuevos descubrimientos, si no se extendieron los límites del espíritu humano por esfuerzos poderosos, ó por felices acasos, se dilató á lo ménos la esfera de los conocimientos, y las luces que en todos ramos se difundian por tareas continuas, abrazaron un horizonte mas vasto que nunca. Las escuelas públicas se multiplicaron; se establecieron otras de nuevo en muchos parages en donde las ciencias y las letras casi no se conocian; y las antiguas tomaron una forma y una consistencia, que aseguró el estado de los sabios consagrados á la instruccion, y que hizo aquellos establecimientos fijos y permanentes con el nombre de universidades, colegios, y casas únicamente destinadas al estudio; porque á este tiempo se debe referir el verdadero origen de las sabias sociedades que dirigian la educacion de la juventud, y que conservaban de algun modo el depósito de los conocimientos y de las luces, aunque su principio fuese mucho mas antiguo.

Hubo, pues, en Occidente mas emulacion entre los literatos, mas aprecio de los sabios, escuelas mas arregladas, profesores mas célebres, un mayor concurso de oyentes á sus lecciones, y un curso de estudios mas metódico en el siglo XII, que en los que le habian precedido. Las antiguas casas religiosas no querian perder el crédito que habian adquirido en las ciencias; y las órdenes nuevamen-

te instituidas, como las de los cistercienses, premostratenses, y canónigos regulares ambicionaban la gloria de tener sábios y escuelas florecientes. El clero secular que habia experimentado mas que los otros cuerpos eclesiásticos los efectos de la ignorancia y disipacion, recobró poco á poco el gusto de los estudios, entregándose á ellos bien presto con loable ardor. Los príncipes, los señores, y las gentes del mundo comenzaron á avergonzarse de una ignorancia de que poco ántes hacian alarde; y si no cultivaron todas las ciencias y artes, á lo ménos las honraron con su proteccion, dispensaron á los sábios distinciones lisongeras, y los hombres de mérito llegaron á los puestos y dignidades, á que los llamaban sus conocimientos, su erudicion y sus virtudes.

El gusto de las letras se introduxo hasta en los monasterios de monjas; pues dexando de ser la lengua latina el idioma vulgar, y establecida la regla de que no se admitiesen mugeres á la profesion religiosa que no hablasen, ó á lo ménos entendiesen el latin; era para ellas un motivo de aprender una lengua que era la de la liturgia y las otras partes del oficio. El estudio del latin, que las era necesario, las conduxo al de la santa escritura y padres de la Iglesia. Varios sábios y escritores piadosos de este siglo les dirigian cartas y tratados sobre la doctrina de los libros santos y de los doctores venerados de la Iglesia, como se ve en la coleccion de las obras de san Bernardo, de Pedro el Venerable, de Abelardo y algunos otros. Ellas se aplicaban tambien á la medicina, á la cirugia y á la farmacia, tanto para la utilidad de sus monasterios, como para el alivio de los pobres de su sexo que cuidaban en sus enfermedades. Hubo tambien entre las vírgenes consagradas á Dios en los santos asilos de la piedad un gran número que estudiaron la gramática, la retórica, y lo que entonces llamaban artes liberales. Otras cultivaron la poesia con buen éxito, ya en latin, ya en lengua vulgar. Se cuentan entre estas sabias religiosas, ademas de la célebre Heloisa, abadesa de Paraclet; Cecilia, hija de Guillermo el Conquistador, abadesa de la Trinidad, en Caen; Emma, abadesa de san Amando, en Ruan, y Marsilia su sucesora; Matilde de Anjou, segunda abadesa de Fontebrault; Angelucia, religiosa del mismo monasterio, y otras muchas cuyos nombres es inútil referir aquí.

No fueron las religiosas las únicas personas de su sexo que se dedicaron al estudio de la literatura, hubo mugeres sabias en el siglo como en los monasterios. Se vieron algunas de la esfera comun; pero muchas mas entre las personas, cuya clase y fortuna ponian mas en proporcion de tratar á los hombres versados en las ciencias, y mas en estado de subvenir á los dispendios que el estudio exigia entónces, atendiendo á la variedad de los libros, y á las considerables sumas que se necesitaban para adquirirlos. Así los monumentos que sirven á la historia literaria de este siglo nos conservan los nombres de Adela, hija de Guillermo el Conquistador, y esposa de Esteban, conde de Blois, de Hermengarda, hija de Fulques, conde de Anjou, y muger de Alaino Fergent, duque de Bretaña; de Aldelaida, hija de Simon, duque de Lorena; de Gisela, hija del conde de Magon, primera esposa del emperador Federico I; de Beatriz de Borgoña, segunda muger del mismo príncipe; de Matilde, hija de Henrique I, rey de Inglaterra, y viuda del emperador Henrique V; de Margarita, hija de Esteban, conde de Borgoña, y muger de Guido, delfín del Vienois; y últimamente por no hacer mas larga esta enumeracion, el nombre de Adela, esposa del rey de Francia Luis el Joven, e hija de Tibaldo, conde de Champaña.

La poesía en lengua vulgar ó provenzal era la diversion de los grandes y de las cortes; al principio no la cultivaron sino los Juglares, los quales eran por profesion y por gusto poetas, músicos y farsantes. Estos iban de quinta en quinta declamando y cantando sus versos, acompañándose con algun instrumento y expresivos gestos semejantes á los de los antiguos saltadores y baylarines de los griegos y romanos. La galantería y las hazañas de los caballeros eran el asunto ordinario de sus poemas, ó por mejor decir de sus canciones, el placer de oírlos produjo la idea de imitarlos los grandes ingenios, y tambien las gentes de calidad, entre las quales se contaban algunos de estos, lo tomaron por diversion, y los hombres mas distinguidos por su nacimiento aspiraron á la gloria de saber versificar: bien se vió á Federico Barbaroxa, emperador; Ricardo, corazon de Leon, rey de Inglaterra; Henrique y Gofredo sus hermanos: varios príncipes, y una multitud de señores de menor clase seguir los pasos de los poetas de pro-

fesion, y algunas veces excederlos. Se juntaban en dias determinados en casa de los condes y de los castellanos que se complacian en manifestar alguna magnificencia y finura en sus cortes. Los caballeros que se gloriaban de reunir los talentos del entendimiento al valor y á la lealtad, virtudes esenciales de su profesion, llevaban á aquellas juntas las obras que habian compuesto. Estas eran examinadas por un tribunal cuyos jueces eran las damas, y el vencedor recibia de ellas un premio que le incitaba á hacerse acreedor á otros. Si los juicios de este tribunal y la emulation que excitaron entre la jóven nobleza no hicieron brillar obras maestras, sirvieron á lo ménos á sacar los espíritus de la rusticidad en que hasta entónces habian permanecido, y contribuyeron á despojar poco á poco la lengua vulgar de la rudeza y grosería que por tan largo tiempo la desfiguraron. A fuerza de uso adquirió dulzura y flexibilidad. Sus elementos se simplificaron, sus frases recibieron mas elegancia, y su curso, aunque aun no tuvo mucha regularidad, siguió mas de cerca que hasta entónces el orden natural de los pensamientos. No debemos olvidarnos de contar entre las riquezas literarias de este siglo la invencion del verso Alexandrino, llamado así ya porque fuese su inventor un poeta por nombre Alexandro, ya porque se hubiese empleado la primera vez en un poema cuyo asunto eran las victorias de Alexandro (a).

(a) Tampoco se debe olvidar para gloria de España, que segun las conjeturas de buenos autores críticos, el uso de la Rima se comunicó á los franceses por los españoles, que lo tomaron de los árabes: de este dictámen es el erudito frances M. Massieu en la historia de la poesía francesa que publicó en Paris el año de 1739, en donde añade que por los puertos de Tolon y Marsella se ha introducido por el comercio de España; á cuya opinion se inclina tambien como muy verosímil el docto padre maestro Sarmiento en sus memorias para la historia de la poesía, pág. 59, de que se sigue que los trovadores no fueron los que inventaron la Rima, sino los que mas contribuyeron á extenderla con sus frecuentes composiciones. Asimismo la poesía provenzal, tan celebrada y comunmente atribuida á solo los franceses, debe confesarse por hija en gran parte de la España en Cataluña, como parece lo acredita la famosa disputa de Alberto y del Monge que se encuentra en los manuscritos del Vaticano, y cita Vastero en la prefacion á la Crúscá Provenzal; y mas á la larga M. de Sainte Pelage en la Academia de inscripciones. Lo cierto es que la lengua provenzal se llamó antiguamente Catalana, y se consideró como una de las lenguas de España, segun consta de Gaspar Escolano, escritor de Valencia; y no faltan escritores franceses que atribuyen á la introduccion del imperio Catalán en Provenza la de la poesía de este nombre. Así lo prueba larga, y eruditamente el abate Lamillas en el ensayo apologético de la literatura española, Part. I. Tom. 2.

Los sabios que se dedicaron al estudio, ó por un amor puro y desinteresado de las letras, ó por ambicion ó deseo de la gloria, no se limitaba á los encantos de la poesía, ni al mérito de escribir con elegancia un idioma que aun no era el de las ciencias. Se elevaban á mas graves asuntos, mas interesantes y mas dignos del noble ardor que los animaba. La historia general y particular; la filosofía reducida entónces á la dialéctica, y algunos elementos de ética moral; la jurisprudencia canónica y civil; la inteligencia de las escrituras y sobre todo la teología, eran el asunto de sus tareas y el objeto de su emulacion. Tampoco descuidaron de la elocuencia; y el arte de escribir con elegancia no se habia aun cultivado con mejor suceso desde que se dexaron de imitar los buenos escritores de la antigüedad. Tenemos buena prueba de ello en los escritos de san Bernardo, de Heloisa, de Abelardo, de Ivon de Chartres, de Pedro de Blois y de otros varios que han sido el ornamento del siglo XII, y que aun en el nuestro se estiman justamente. No sucedió lo mismo en la física y en las ciencias naturales que ésta comprehende. Los sabios estaban, respecto de ellas, al nivel del pueblo; participaban de sus mas ridículas preocupaciones, y de sus mas absurdos delirios. Una admiracion fria, y una credulidad vergonzosa eran los únicos sentimientos que la vista de las operaciones de la naturaleza excitaba en los hombres. Creian la tierra plana: la dividian solo en dos partes Europa y Asia, confundiendo con esta el Africa de que solo conocian las costas. Ignoraban el curso de los astros y la causa de los eclipses. Los hombres que pasaban por mas hábiles no observaban los fenomenos celestes sino para inferir de ellos presagios de lo futuro. Se reduxo á arte el conocimiento de los pronósticos, y se formaban colecciones de ellos para cierto tiempo, lo que fué origen de los almanaques. Se adoptaban con entusiasmo todos los absurdos que la astrología era capaz de producir no teniendo el menor deseo de estudiar la naturaleza, tomándola por guia y por maestro. La física y las demas ciencias que de ella dependen permanecieron largo tiempo en este estado, y los errores acreditados por el falso saber se perpetuaron en el mundo.

Hay otros tres géneros de estudios que son mas de nuestro asunto, porque forman la ciencia de la religion, habla-

mos de la interpretacion de las santas escrituras, de la crítica sagrada y de la teología. Estos tres importantes ramos de la erudicion eclesiástica ocuparon los mas sabios personajes de este siglo, pero con diversos sucesos de que es preciso dar una idea antes de terminar este artículo. Los libros santos, que no son otra cosa que la palabra divina escrita por hombres inspirados, fueron siempre mirados como una fuente principal en donde los doctores debian ir á beber los dogmas de la fe, las máximas de la moral, las reglas de la virtud, los principios y modelos de la piedad; en una palabra, el verdadero espíritu del christianismo, y el conjunto de verdades que á los hombres importa conocer. Se experimentó en este siglo ser imposible el adquirir la inteligencia de la escritura sin estudiar la lengua original, y sin que la crítica trabajase en expurgar el texto sagrado de los defectos que se habian introducido. Muchos sabios volvieron su atencion á estos dos importantes objetos. La lengua santa no les fué por mas tiempo desconocida; se sirvieron á este efecto de los judíos que en diferentes ciudades habian establecido academias en que se enseñaba todo lo que tiene relacion con el sentido gramatical, y las dificultades del idioma. Todos los que se hicieron célebres en la iglesia por sabiduría, tenian á lo ménos alguna tintura del hebreo, y algunos le poseian bastante para entrar en que tien con los rabinos sobre los puntos mas escabrosos de la controversia, y sobre los textos cuya interpretacion únicamente depende del sentido propio y genuino de los términos que emplearon los escritores sagrados. Los primeros religiosos del Cister facilitaron tambien el estudio tan esencial de la escritura, por el trabajo que emprendieron de dar á la Iglesia y á los sabios una edicion correcta del sagrado texto. Lo tomaron, pues, con un zelo y ardor á que se siguió el buen éxito que se debía aguardar, es la primera empresa de esta clase que se haya ideado despues de san Gerónimo. Los copiantes por su parte se ocuparon en multiplicar los exemplares de esta edicion, que por este medio vino á ser tan comun como útil.

Los intérpretes continuaron asimismo á extender el gusto de los libros sagrados por los comentarios que publicaron sobre toda la escritura. En ningun siglo habian parecido tantos como en éste; aunque no todos de igual mérito y utilidad. Porque entre el gran número de los que

estudiaron las santas escrituras para entenderlas, muchos se alejaron de la senda que los padres y antiguos comentadores habían abierto. La afectacion de sutilizar las cosas de menor entidad para ostentar un ayre vano de penetracion y profundidad, junto con el mal gusto del tiempo que no estimaba lo que era sencillo y natural, precipitó á la mayor parte de los expositores en una especie de explicaciones mas ingeniosas que sólidas. El sentido literal les arrastró ménos que el espiritual y el moral, porque con el pretexto de penetrar lo superficial de las palabras y hasta el espíritu, siguieron un libre curso por abandonarse á las ideas nuevas y arbitrarias á las alegorías, á las moralidades puramente imaginarias, y para dar lugar á una infinidad de quëstiones tan raras y frívolas, como ajenas del texto de que se valian para proponerlas. El mayor mal que resultó de las interpretaciones alegóricas, fué haberles erigido en principios, y que en lo sucesivo se sirvieron de ellos para deducir conseqüencias totalmente opuestas al sentido de la escritura. Un buen comentario que hubiera fixado el verdadero sentido de los libros sagrados, segun el juicio dictamen de los autores de la historia literaria de Francia, había impedido la multiplicacion de tantas obras malas sobre la Biblia, que ya no se leen, y han llegado á hacerse deshechos de las bibliotecas. Pero creyendo cada uno sus pensamientos mas bellos ó mas nuevos que los de los otros porque eran mas singulares, querian hacer prueba de sabiduría y sagacidad; de aquí aquella muchedumbre de comentarios que los sabios se disputaban la gloria de publicar con recíproca emulacion, y cuya mayor parte eran ménos á propósito á explicar los libros sagrados que para obscurecerlos, y aun algunas veces á envilecerlos con aplicaciones profanas.

El estudio de los padres de la Iglesia, segundo depósito de la sana teología, y segundo objeto de la sagrada crítica, se cultivó poco mas ó ménos como el de la Biblia. Con todo no hubo librería en donde no se quisiesen tener sus obras, se les buscaba con esmero, se copiaban con cuidado, aplicándose asimismo á apurar sus textos, y á distinguir sus verdaderas obras de las que falsamente les atribuían. Pero la inquisición de estos escritos tan preciosos no eran las mas veces sino un objeto de mera curiosidad, y una especie de luxo y ostentacion literaria de que

la vanidad de los sabios se preciaba entónces como en todos tiempos. Los buenos entendimientos se dedicaban á este estudio, buscando en él el conocimiento de las verdades christianas, y el método sólido y claro que los antiguos habían usado para establecerlas. Leían los padres griegos, y ya en su lengua original, ya en las traducciones. Los latinos aun les eran mas familiares; entre estos san Agustin y san Gregorio el Grande eran del mas ordinario uso, como se ve por las obras de san Bernardo, de Juan Salisburi y otros célebres doctores de este siglo. Pero faltaba mucho para que los teólogos fuesen tan juiciosos en la eleccion de maestros que seguian. El gusto dominante, por las raras satilezas de las quëstiones curiosas, y razonamientos mundanos, precipitó el mayor número por vias totalmente opuestas, y les hizo despreciar los verdaderos manantiales de la ciencia eclesiástica. La lectura de los antiguos exígia mucho tiempo, no satisfaciendo aquella viva pasion de saberlo todo en poco tiempo, de razonar, de disputar, y ostentar una falsa sabiduría por el método que los dialécticos habían introducido en las escuelas. Se formaron, pues, en conseqüencia de estos diferentes modos de estudiar la religion dos distintas clases de teólogos que ya se habían dexado ver al fin del precedente siglo. Trataban los unos de la ciencia de las verdades divinas segun la autoridad de la escritura, de los concilios y de los padres de la Iglesia, añadiendo algunas veces proposiciones demostradas por la luz natural; los otros solo empleaban los razonamientos filosóficos y el arte silogística segun los principios de la dialéctica. Se llamó la de los primeros teología positiva, porque se ceñía á explicar y desenvolver por un método claro y natural lo que se contiene en los libros de la revelacion; y se dió el nombre de teología escolástica á la de los segundos, porque se adoptaba en ella la forma y el lenguaje que se habían apoderado de las escuelas desde que la dialéctica de Aristóteles reynaba en ellas. Este último método, igualmente favorable á la pereza y á la vanidad, prevaleció de tal modo, que se ponía reparo en llamar teólogos al corto número de los que aun seguian el método de los antiguos. No se conocieron otros en las escuelas públicas en donde los maestros y discípulos usaban solo de la forma silogística. El gusto de disputar, origen de las quëstiones curiosas y de las especulaciones frí-

volas, se hizo tan general, que fué causa de los mayores abusos. Se abandonaron las materias mas interesantes á la fe, y las pruebas mas sólidas de la verdad para entregarse á una multitud de investigaciones tan ajenas del dogma como de instruccion. Se proponian quæstiones de poca entidad ó ridículas, que se exâminaban con toda gravedad, y en las cuales se empleaba todo el aparato de las sutilezas y razonamientos sofisticos que todo se hacia para dar un aire de importancia á estas puerilidades, que se las trataba con un language extraordinario de abstracciones, de distinciones, y en una palabra de aquella xerga ridícula y bárbara que en nuestras escuelas han renovado por muchos siglos, y que ha dado el título de sábios á infinitos ignorantes. Finalmente, como el entendimiento humano no conoce límites quando se ha abandonado á sí mismo, los nuevos teólogos llegaron á poner en problema los dogmas mas incontestables de la fe; lo que se dirigia á someter todas las verdades al temerario exâmen de la razon, á multiplicar las disputas sobre todos los puntos de la revelacion, y á dividir los ingenios sobre lo mas esencial de la doctrina evangélica. En efecto, esto fué lo que se vió en breve; y los errores de Abelardo y Gilberto, Porretano, y los demas que hicieron tanto ruido en el curso de este siglo, no tuvieron otro principio que aquella funesta manía de sujetarlo todo á las ideas de la razon y á la forma dialéctica. San Bernardo y los otros doctores católicos, que combatieron con el mayor zelo estas peligrosas novedades, hicieron ver el estrecho enlace que tenian en sus principios y procedimientos con el abusivo método de las escuelas; y Abelardo desengañado de sus errores lo confiesa ingenuamente.

Se refiere á este siglo los principios de un nuevo ramo de teología que se ha señalado con el nombre de teología mística. Se le llamó así, porque ocupándose toda en cosas espirituales, no tiene otro objeto que conducir las almas á la perfeccion, y unirlas con Dios por la contemplacion de sus atributos y el fuego de su amor. En todos tiempos habia habido piadosos y sublimes contemplativos que, tomando á Dios por único maestro, como por único objeto de su pensamiento y de su estudio, se habian elevado al mas alto grado de la virtud. Pero se entregaban al atractivo cuyo imperio experimentaban, y á la direccion del espíritu divino que purificaba é inflamaba su corazon. No ha-

bian aun intentado reducir á método los secretos de la vida interior, y no poner á las almas reglas y medios para dirigir sus pasos en esta misteriosa carrera, en que parece deberian mas bien entrar por impulso que por eleccion. Los antiguos maestros de la vida espiritual habian propuesto máximas y prácticas para el adelantamiento de las almas; pero toda su doctrina se ceñia á combatir las pasiones, á suscitar las potencias interiores, y á arreglar tanto las acciones y palabras, como los deseos y pensamientos, segun la ley divina de que prescribian á sus discípulos, no el estudio, sino solo la meditacion. San Basilio, san Pacomio, san Antonio, y en una época posterior san Benito y san Bruno, no tenian otras ideas sobre la espiritualidad que los demas legisladores de la vida monástica. Pero en este siglo parecieron contemplativos, que para formar discípulos, y transmitirles las prácticas de que se habian servido con buen suceso, abrieron un nuevo camino, haciendo de la teología mística una ciencia distinta de la moral comun para el uso de aquellos que aspiraban al estado mas sublime de la vida unitiva. Escribieron, pues, sobre estas materias abstractas y misteriosas, publicaron tratados sobre la contemplacion, enriquecidos y explicados en lo sucesivo. Pero como el error y el exceso tocan de cerca á la verdad en materias tan delicadas, los falsos ascéticos no tardaron en deshonorar la religion por el abuso de los principios y máximas, que en el origen solo se habian establecido para facilitar los progresos de la piedad, alejándola de las ilusiones y escollos que la flaqueza humana encuentra en el camino de la virtud. Este abuso se aumentó con el tiempo, y ya veremos los desvarios monstruosos de que fué ocasion.

## ARTICULO V.

*Estado del christianismo en todas las regiones del mundo.*

Si el cisma renovado, ó por mejor decir, consumado en el siglo precedente por Miguel Cerulario, no hubiera continuado en tener la iglesia griega separada de la latina, se pudiera decir que el christianismo estaba mas floreciente en Constantinopla y en todo el imperio de Oriente, que se habia visto desde largo tiempo. La paz interior reynaba, y ningun nuevo disturbio agitaba la sociedad christiana;